

# BALCON AL PARQUE

POR MIGUEL EDUARDO DOLAN

El Balconero, en su casa de Caballito, frente al Parque Lezica, contempla el atardecer: Una columna de humo ha enlazado al lucero y la tarde prende pequeños fuegos sobre el mármol, el hierro y el cristal. Situándome en mi tiempo de Caballito, me he propuesto conocerme a mí mismo, porque estuve alguna vez ajeno al barrio. Algo se ha perfilado ya en la zona; hay maneras de ser. Este aire que va tomando Caballito se estrenó hace más de un siglo con la veleta del almacén de Emilio Mitre y Rivadavia. Hoy van cayendo las cancelas y hay palmeras erguidas entre escombros, heridas por la cal... Y hay unas casas nuevas, encantadoramente distritales. Tiempo en porciones intocables de mi adolescencia, cuando leía vorazmente y rondaba las calles en torno a Rivadavia. ¡Ay, cuando empiezo a hablar de Caballito acabo hablando de mí mismo, porque ya no seré feliz hasta reunirme con lo mío! Barrio y poeta son en Buenos Aires, quizás, los únicos amigos verdaderos.

Caminando por la vereda del Parque Rivadavia —que, en homenaje a sus antiguos dueños, los vecinos llaman "Lezica"—, desde José María Moreno hacia el Este, en la hora nocturna en que casi se detiene el raudal de vehículos que fluye desde Almagro, quien levanta la mirada hacia el quinto piso, en la esquina de la Avenida y Florencio Balcarce, verá una cordial claridad de lámpara. Allí vive Conrado Nalé Roxlo, autor de tres libros de poemas de segura eternidad. Aunque el poeta afirme, con cierta coquetería, que ya no escribe más, el fulgor de su lámpara encendida es un voto a la perennidad de la poesía en el barrio de Caballito. El poeta que, sin duda, sabe qué fina es la tierra de los senderos del parque, al caer las agujas de los cedros antiguos, y ha palpado el raso de las camelias blancas y rosa que allí plantó algún romántico propietario, sin embargo, tiene junto a su balcón un telescopio negro para mirar estrellas. Nalé Roxlo está siempre muy atento a lo que sucede en las alturas. Aunque sin referirse a la veleta que, en forma de caballito, adornó la pulpería de don Nicolás Vila, en la esquina de Emilio Mitre y Rivadavia, allá por el año 1820, y que dio nombre a la barriada, Nalé Roxlo ha cavilado ante una veleta en forma de gallo: "Si él no ordena al cristalino/ viento de la tarde: vuela/ ¿qué harán el pobre molino/ y el pobre barco de vela?" ("El gallo de la veleta", en *El grillo*, 1923).

Ana María Schoua, diablillo menor de la poesía y del barrio de Caballito, apenas adolescente y ya laureada por la Sociedad de Escritores, afirma una continuidad y un eco del poeta mayor, sin duda no por lecturas directas, sino por ese misterio del espíritu colectivo que flota en determinados ámbitos. Su primer libro, *El sol y yo* (1967) ¿caso no está intervirtiendo la síntesis temática del poema "La luna y yo", de Nalé Roxlo, quien en *Claro desvelo* (1937), decía: "Descontento de la vida/ y descontento del sol,/ mi mundo se reducía/ a una copa triste y yo./... ¡Y qué bien nos entendimos/ en la plaza y bajo el sol,/ en tanto yo le

quitaba/ los lutos a la canción!?" Dejando de lado las coincidencias de los títulos, Ana María Schoua perfila en sus versos pareja visión de lo trágico y lo lírico, como bálsamo al dolor: "Y es que probé gritar, pero no es eso;/ cantar tal vez... pero no canto,/ y esto está tan adentro y tan espeso/ que lo siento en la punta de mis dedos/ y mi piel lo transmite sin conpunctos./ Y no me importa que digan/ que aprenderé./ Siempre sabré que alguna vez lo tuve;/ aunque deje de sentir,/ no olvidaré" ("El sol y yo"); y, pareciendo aludir a quien se pregunta en el soneto "A un lejano grillo": "Ya no entiendo tu voz, músico de oro/ que fue en mi corazón joya del día/ hoy que es corona de mi frente fría/ de aves nocturnas el doliente coro", responde, en "Un poema", la niña-poeta: "Un poeta viejo/ y una triste calle,/ perdida en su ronda/ de negros y grises./ Un poeta viejo/ y una triste calle,/ perdida en su ronda/ de negros y grises./ Un viejo poeta/ y una triste calle,/ sin música rosa,/ sin una careta/ que la mate toda,/ que toda la calle". Y como para afirmar la perdurabilidad de la voz embriagada por la pureza del canto, en "Otra vez...", título que supone optimismo, Ana María concluye: "En las noches de luna callan los grillos:/ sólo se escucha la voz de la conciencia;/ y una extrañeza de calor perdido,/ de verdades mentidas sin presencia./ ... Se me perdió su espíritu nocturno:/ no lo busqué./ Riendo sobre una piedra solitaria/ hoy lo encontré".

El Balconero imagina un paseo otoñal por el Parque: Al dar vuelta a la esquina, me envuelve el olor de las hojas ardiendo en el fondo del parque y la niebla se funde con la acre humareda nimbando las lámparas. No doblaré por Doblas; subiré la escalinata desde Rivadavia y en tu escenografía, abril, penetraré. Un súbito chisporroteo estalla lejos y el rescoldo sin llamas brilla pausadamente como un gran sahumero. Sobre los árboles a veces aparece una torre iluminada o un rostro —¿conocido?— en los balcones con su mueca social. Rondan interminablemente al mástil sin bandera los muchachos, o, para conversar, se acodan sobre el puente que no tiene lago. Amigo, mira, la bañista está saliendo de su pilón porque ha sentido frío. Desnuda, el verdín va calzándole pantuflas y las hojas le tejen una boa coruscante sobre las espaldas. Quisiera que empezara a llover para tan sólo oír la lluvia sin mirarla y enumerar, gota tras gota, cómo todos nos vamos lloviendo hacia el invierno.

Fernández Moreno, gran conocedor de los barrios del Oeste de la ciudad, reflexionaba en su poema "Parque Lezica", —en el libro *San José de Flores* (1943)—, sobre este oasis vegetal de Caballito: "Me he sentado en un banco de este Parque Lezica/ con mucho de tristeza y otro tanto de sueño./ Lo he imaginado quinta impenetrable y rica,/ y he visto hasta el doliente fantasma de su dueño./ Sobre el césped profundo brillan como cuchillos/ las hojas de eucaliptos, húmedas de llovizna./ ¿Qué fue de las parejas, qué ha sido de los grillos?/ Hay un hilo de luto cosido a cada brizna". A



De izquierda a derecha, Conrado Nalé Roxlo, Ana María Schoua, Antonio Requeni y Osvaldo Colombo

su pregunta había contestado, con palabra inmarcesible, Nalé Roxlo, en su soneto "El grillo", que encabeza su libro inicial, en el cual aclara que la ausencia del alegre insecto saltador se debía a que había asumido la identidad del poeta: —"¡Qué sencillo/ es a quien tiene corazón de grillo/ interpretar la vida esta mañana!".

Un antiguo vecino de Caballito, Fermín Estrella Gutiérrez, no hubiera podido escribir en otro barrio los siguientes versículos del poema IV de *Nocturno* (1943): "... en la plaza sumergida en el agua grisácea y silenciosa de la niebla,/ estoy sentado en un banco de piedra./ ¿Hace cuántos años ocurrió eso?/ ... La fría humedad de la noche me helaba las manos, y arriba, sobre mi cabeza,/ se extendían los continentes oscuros de los árboles, y más alto, mucho más alto, se adivinaba el cielo detrás de las nubes pesadas y grávidas de la niebla./ ... Pero de pronto la niebla se abrió, y apareció la que yo esperaba, una muchacha cualquiera./ ... Luego no recuerdo nada. Sólo una voz opaca, incierta,/ y un fragmento de tango —la turbia historia de siempre—, flor de extrañas y oscuras resonancias, en la plaza desierta./ Sólo recuerdo las luces amarillentas de los faroles y su halo de triste claridad en la penumbra grisácea y en el silencio infinito de la noche".

En cuanto a las eternas parejas del anochecer —hoy un tanto dispersas por la ingenua moralina—, el Balconero observa: **Es una noche tibia de febrero. Desde el balcón, las copas de los árboles fingen un césped ondulante y muelle. Las lámparas, luciérnagas estables, asoman por doquier y en los rectángulos iluminados de los mil balcones que dan al parque, a contraluz, resaltan estáticas figuras; por instantes se van oscureciendo las ventanas. Bogan en el estanque de aguas calmas los patos, la cabeza bajo el ala, su sueño siempre inquieto de blandros. Una torcaz cruje el papel plateado de su plumaje; frondas familiares custodian el sosiego de sus hembras. Y abajo, allí entre césped y canteros, junto a la fuente y las estatuas pétreas, los amantes palpitan, se estremecen, pero por fin quedan también inmóviles.**

En Caballito jugó, de niño, en intervalos a su infancia en los pagos de Areco, el autor de *Don Segundo Sombra*, en la quinta de los Güiraldes Guerrico, ubicada sobre Rivadavia, casi esquina Otamendi, frente a la Quinta de Lezica. Todo ese aristocrático pasado de predios de veraneo, perduró hasta hace poco. ¿Cómo olvidar los majestuosos leones de piedra que flanqueaban las escalinatas del Palacio Merlini, con sus jardines que lucían el escudo patrio formado con flores naturales? Un suave aroma de vainilla y chocolate aún nos deleita, al evocar a la Confeitería Ideal, que en la esquina de Rivadavia y Acoyte defendió, hasta hace una década, su orquesta de señoritas —quizás la última de Buenos Aires—, entre *boiseries* de cedro lustrado y grandes arañas de bronce *art-nouveau*. ¿Qué se habrán hecho de aquellas pianistas y violinistas, con sus largos trajes color marfil, o lila, o rosa, desmayándose sobre las partituras de Albéniz y de Julián Aguirre?

El ex-Colegio de la Santa Unión —hoy profanado por el utilitarismo—, guardó hasta ayer en su capilla ciertos vitrales que, a la luz de los cirios devotos, iluminaban entre las sombras silenciosas del jardín, los nombres de sus munificos donantes. Uno que se leía nítidamente era el de doña Teodolina Alvear de Lezica. En esos claustros, en sus salas de música, aprendió el piano María Elena Dupont —hoy eximia encuadernadora—, que allí pasó sus años escolares. Hoy, bajo el gran ombú del parque, los filatélicos forman una verdadera bolsa mercantil, así como también solían reunirse, hasta hace poco, los permutantes de revistas y libros usados. En

noches de verano, al fresco, en el medio del parque, los vecinos de Caballito pueden escuchar las fiorituras de Rossini y las clarinadas de Von Suppé, en la magia pueril de la Banda Municipal.

No sólo el amor sino también el odio ha rondado por el Parque Lezica. Una noche de niebla, el Balconero ha visto un cuerpo derribado sobre un cantero, cubierto por una prenda policial a guisa de mortaja: se habló de suicidio por amor, de desavenencias entre socios... El Balconero pregunta: **Estos viejos de medianoche por el parque ¿de dónde vienen con su aliento de neblinas intermitentes, humo sin cigarrillo, bocanada sin fumador? A lo lejos, bocinas de una caravana convocan a perseguir novios que inician lunas de miel. Sábado de invierno, noche pétrea. El termómetro, como un niño, no pasa de contar hasta tres. Desde el balcón veo apagarse una tras otra las alcobas: ¿en cuál se amará, en cuál nacerá el odio? El puño del frío aprieta, estruja y delinea. Un lento gas psicofísico asciende desde la ciudad. Pero aquella mujer, hace horas asomada al trasluz de su cristal ¿por qué no cierra las persianas? ¿Por qué no sale al balcón o se suicida? ¿Por qué hacia mí no viene volando y me da su corazón?**

¿Cómo intentar un catálogo de nombres que no resulte injusto? Por el Parque Lezica han paseado tantos escritores, tantos artistas, aun tantos políticos y científicos, que vivieron o viven en las inmediaciones, o quizás algo fuera de las fronteras del barrio, que sería difícil medir la esfera de influencia del Gran Caballito, como se estila decir en la actualidad. En Caballito vivió Eduardo Jorge Bosco, poeta y ensayista cuyas *Obras*, en dos tomos, imprimió Francisco A. Colombo, en recopilación y bajo el cuidado de otro poeta vecino, Daniel Devoto, hoy devorado por París. Rafael Alberto Arrieta vivió hasta su muerte, a pocos pasos de la casa de Nalé Roxlo, y en su último libro, *Lejano ayer* (1967), con prólogo del nombrado poeta, su amigo, está presente Caballito. Y la lista debe incluir a Augusto González Castro, a Luis Emilio Soto, a José P. Barreiro, a Brandán Caraffa, a Elías Cárpena, a Luis de Paola, a Constantino del Esla... En el contorno también se han afincado los plásticos Juan Carlos Faggioli, Antonio Berni, Orlando Pierri y otros.

Allí donde las empresas inmobiliarias perdonaron u olvidaron algún patio con jazmineros y diosmas, un tanto fuera del radio caballitense, por Hortiguera casi esquina Directorio, ha quedado atesorado el espíritu de la poesía del barrio y, aún más, de la ciudad y de muchas regiones argentinas.

Hablar de la imprenta de Colombo, foco de cultura, a través de la tradición del arte-oficio de maestros impresores, es recordar a don Francisco Colombo, que vistió con su tipografía los primeros libros de Ricardo Güiraldes, y es comprender la singular personalidad de su hijo, Osvaldo L. Colombo, que incorpora a la artesanía heredada de su padre, la sensibilidad de un verdadero poeta, expresada por medio de sus creaciones para bibliófilos y continuada en la faena de impresión que alcanza hoy, según el catálogo, casi quinientos libros de arte, que forman una colección premiada con distinciones internacionales.

Antonio Requeni, poeta joven, condecorado de continentes y mares, a través de "los viajes y los días", también ha venido a vivir cerca del Parque Lezica. No es extraño que, al dedicar su libro *Umbral del horizonte* (1960) a una dama fallecida, ofrendándole un ramo de flores azules de jacarandá, comience diciendo: "Hubieras preferido en primavera/ cerrar los ojos para descansar./ Me lo dijiste un día ¿lo recuerdas?/ Era en un parque de nuestra ciudad". Hacia el mes de octubre hay tres o cuatro días —a veces, una semana—,

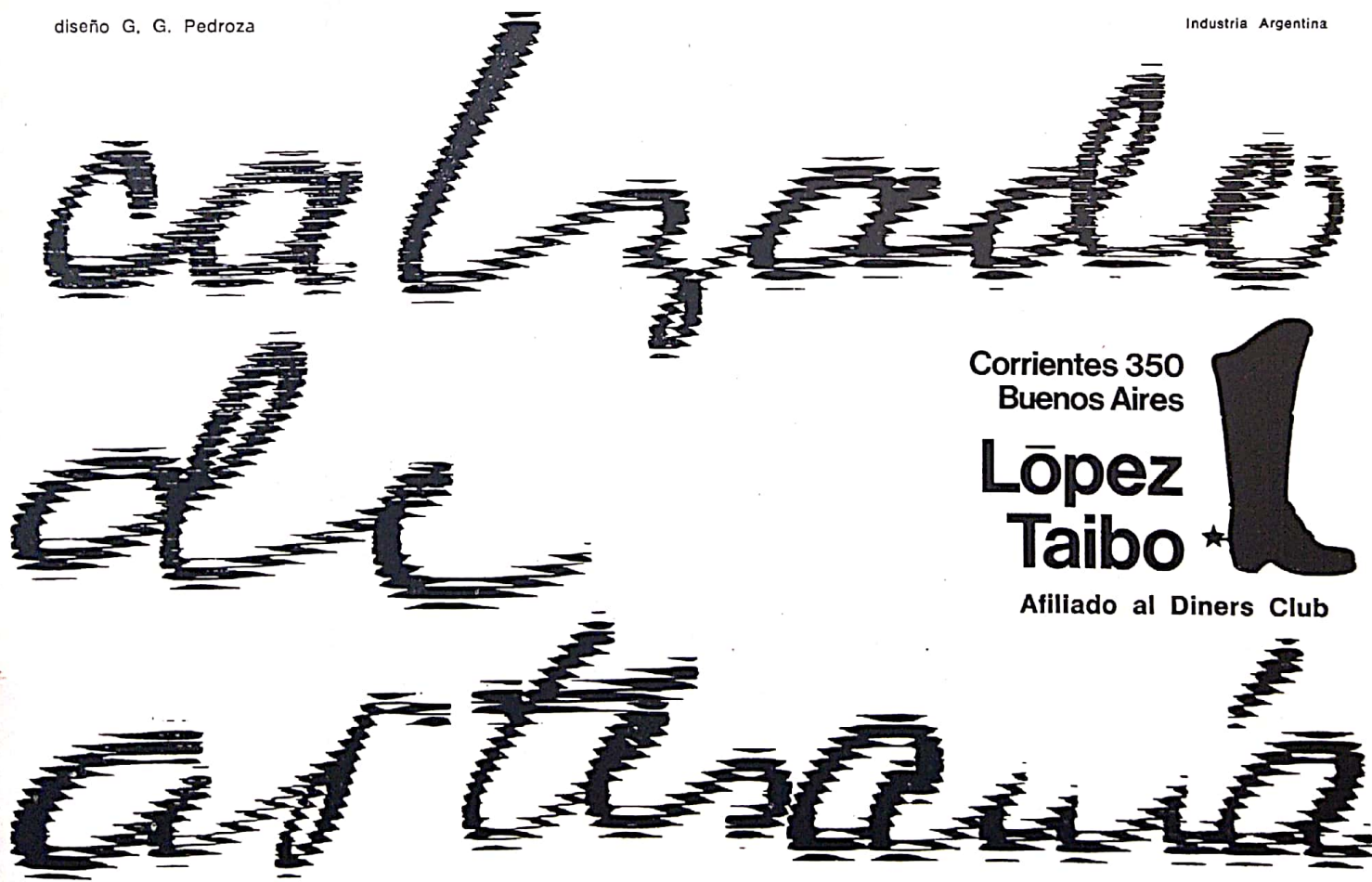
en la que un rincón del parque donde convergen varios senderos, cerca de la escalinata que baja a la calle Doblado, se cubre cada noche con una alfombra de flores de jacarandá —el tarco azul-violeta que enloquece a los jardines del Noroeste argentino—, para asombrar a los vecinos tempraneros. El que Requeni eligiera vivir en Caballito, quizás se deba a su constante diálogo con la naturaleza melancólica y refinada de la ciudad, iniciado tal vez a la vera de González Carbalho, su preceptor, y que nos legó entre tantos otros, aquel precioso haz de poemas sobre el Parque Lezama, incluido en **Canciones con hojas secas** (1952). Fruto de sus paseos meditabundos por los caminos del parque —hoy tan desaliñados por la incuria edilicia—, es la observación casi a-poética de Antonio Requeni, sobre la solitaria figura del jubilado “placero”. El poeta ha visto, con seguridad, el ombú a cuya sombra se cobijan los viejos del barrio para conversar, y a veces en silencio, buscando ecos de una realidad desvanecida, como tantas otras de la ciudad, que acaso se haya transmutado en el sosiego del santuario vegetal. Y pregunta, en el poema “Hombre sentado en una plaza” (en **Manifestación de bienes**, 1965): “¿Os dais cuenta de lo que significa un hombre, / un hombre así sentado en una plaza? / ... Hoy cae sobre sus hombros la hojarasca otoñal / mientras el gris de sus pupilas se desgasta / contra el paisaje del que está tan lejos. / ... Y este hombre está solo, remotamente solo, / en el ruinoso banco de una plaza, en el Tiempo”.

El Balconero evoca los espíritus del barrio: Veo caer la lluvia detrás de los cristales, lustrando una por una

las hojas de los árboles, camelias rojas y albas, el tarco azul en flor y el campanario mudo que fue la Santa Unión, el hueco donde estaban los Palacios Grimoldi y Serra, el invernáculo y el jardín de Cagnoni, las casas de Bottaro y González Pagliere. Frente al balcón hay una magnolia reluciente y el estanque palpita como si hubiera peces, con las gotas de lluvia que a sus espejos hienden. Las niñas del convento, aunque esta tarde es jueves, no han venido: no vienen las niñas cuando llueve... La bandera del mástil su inquieta onda flamea sobre los Mones Ruiz, los Liceaga y los Trueba, y Nalé Roxlo y Rafael Alberto Arrieta, sobre Estrella Gutiérrez y la magnolia muerta, el café en que filmaron “Los de la mesa diez”, y el arco del aljibe derrumbado a mis pies. Desde mi belvedere descubro en torno al parque, detrás de antiguos muros, varias magnolias que antes eran las preferidas en las quintas fragantes; sólo desde mi torre se pueden divisar, al fondo en las casonas, junto al colegio están. Cuando recorro el barrio, a la hora de la siesta, voy recogiendo al paso, con perenne sorpresa, raras hojas que extienden su felpa en las veredas, y al no hallar su ramaje, su natal invernáculo, pienso que si nacieron, por fortuna, en un claustro, algo nos queda, al menos, que el siglo no ha manchado. ¡Cuántas vidas ignotas transcurren intramuros! Frente a un portal lujoso o ante un tapial vetusto, al azar, por las calles me detengo de súbito, porque al pasar tu casa puedes tú estar naciendo, ya poeta sublime, ya íncubo maléfico, o estar muriendo acaso cual la magnolia, aquélla de altos muros cercada como una infanta regia, que hoy nos brindó la última flor de su primavera.

diseño G. G. Pedroza

Industria Argentina



Corrientes 350  
Buenos Aires

**López  
Taibo** ★

Afiliado al Diners Club